

PUBLICAMOS AQUI DOS BREVES ARTICULOS DE LA PLUMA DE DOÑA CHEPITA ORTEGA DE HUEZO PRECEDIENDO A UN LIBRO INEDITO DE SU ESPOSO, DON FRANCISCO HUEZO. DESDE MUY NIÑA, DOÑA CHEPITA, SE DEDICO AL CULTIVO DEL ARTE Y DE LAS LETRAS. EN SU JUVENTUD ENSEÑO EL ARTE DEL PIANO EN CASI TODOS LOS COLEGIOS DE SEÑORITAS DE MANAGUA, PUES ELLA FUE UNA MAGNIFICA PIANISTA Y UNA MAESTRA INVOLVIDABLE EN LA SOCIEDAD DE NICARAGUA. ERA PRIMA HERMANA DE MONSEÑOR LEZCANO Y ORTEGA, CUYAS MEMORIAS DE SU NIÑEZ SE PUBLICAN TAMBIEN, EN ESTE MISMO NUMERO. CASO CON EL BRILLANTE ESCRITOR SALVADOREÑO QUE HIZO DE NICARAGUA SU SEGUNDA PATRIA, DESCOLLANDO AMBOS EN EL PERIODISMO Y EN LAS CATEDRAS DE LOS MAS DESTACADOS CENTROS EDUCATIVOS POR LO QUE SE REPUTO DE VIDAS "PARALELAS" A ESTE MATRIMONIO.

LA ORQUESTA DE ANTAÑO

JOSEFA ORTEGA DE HUEZO
Nicaragüense.

Allí donde se alza hoy un bonito edificio de columnas corintias ornadas de exóticas enredaderas y helechos raros, edificio que llaman "Banco Inglés", había hace años un caserón viejo, contruido en el centro de un patio amplio. A ambos lados de la puerta de la casa había dos pozos, frente a la calle, una especie de atrio o plazaleta alfombrada de verde grama en cuyo suave terciopelo lucían su alegría menudas florecillas de plantas rastreras. Ni tapias ni cercas protegían aquella casa.

Cierta vez, la que escribe chica entonces de unos 7 u ochos años, pasaba por allí, cuando, de pronto, detiene el paso sorprendida: un torrente de dulces melodías se escapa de aquel vetusto caserón.

El infantil corazoncito palpita emocionado a impulso de vibrantes y acariciadoras notas.

Anhelante escucha, olvidando un instante el recordo de su buena madre, y, lentamente, paso a paso, como si temiese romper con el ruido de pasos el hilo de cristal de aquella suave música, se aproxima a la puerta, la puerta de los poyos, y mira dentro.

Sobre unos atriles de madera sin pintar, formados en tres filas, hay unos papeles distribuidos de trecho en trecho. Frente a cada papel está un músico sentado en un mal taburete. Repasan

A todos ellos los conoce la chica. Los ha visto en la iglesia en las tardes inolvidables del místico mes de Mayo, mes de María; tardes perfumadas por el incienso y las clásicas sartas de flores de lechí conque las hijas piadosas e ingenuas adornaban el altar de su dorada madre, la Reina de los Cielos y de sus corazones. A todos los conoce.

Este señor alto y delgado, encorvado por los años, es don Policarpo. Hay analogía entre su cuerpo y el arco de su violonchelo, que toca con alma. Está muy fijo en los complicados signos de su papel. Un par de anteojos, sujetos por un cordón, cabalga sobre su larga nariz, nariz que parece querer asomarse a la boca y contar los pocos dientes que aun quedan en ella.

En seguida está don Terencio (alias cachofla), tipo gordo, requeñeto, de boca enteramente vacía de habitantes. Este es violín 2º, pero más lo hace al canto en las misas solemnes o en los villancicos de la Virgen. Tiene la manía de masticar, y de vez en cuando, sopla. Su mirar es distraído, parece que nunca mira nada, sino es su papel garrapateado.

Más allá, de pies, tenemos al maestro Pilar, tan largo, flaco y negro como su flauta, que ejecuta con una dulzura inesperada.

Luego está el maestro Ignacio Hernández. Es el "maestro enciclopedia", de quien hemos hablado ya en otra coasión. Al mismo tiempo que músico, es pintor, escultor, relojero, mecánico, cazador, todo en una pieza. Además, es el propietario del caserón éste, que era como si dejéramos el Conservatorio de aquella época. El maestro Nacho llevaba también violín 2º. Su cara bonachona, de boca wimplenezca y ojos como carbuncos, refleja la bondad del alma que encierra.

En la otra línea de atriles, figura, en primer término, Rito Mena, de semblante lleno de manseumbre, con una boca amplia, en cuyos rictus se lee la resignación de un bienaventurado, y en cuya ancha frente se adivina la inspiración, atávica en esa raza de artistas.

Todos estos profesores del arte musical de entonces, eran como un trasunto fiel de su tiempo. De

cabezas canas, rostros curtidos por el sol y cruzados por una red de arrugas que conservaba cuidadosamente el polvo de muchos veranos

Sus trajes, con sendas rodilleras, flequillo hacia los codos y círculos de variado color en las partes posteriores, daban claro testimonio de la exhautez de sus bolsillos. Y por sobre todo ello, la bondad, la cordialidad, la ecuanimidad de sus corazones

A este grupo de personajes casi históricos, ponía su nota de color, de frescura y de alegría, el elemento joven de la orquesta: seis o siete muchachos más alegres que unas castañuelas, dicharacheros y guasones, dispuestos siempre a la broma y a la fisga

Luis Felipe Urroz, artista de vuelos modernos, de inspiración y delicadeza, carácter suave, afable y de muy finos modales. Era violín 1º, dulce y espiritual

Bruno Solís, joven simpático, alto, blanco, ojos parlanchines, jovial, amigo de la broma ática y del epigrama sutil. Otro violín 1º, expresivo y firme.

Angel Solís, primo del anterior. Un tubista de 1º, por la justeza de su ejecución y el sentimiento que sabía imprimir a las notas de su instrumento

Ramón Zamora, mesurado y silencioso, de andar solemne y mirada profunda, de vida más austera de lo que podía esperarse en sus pocos años, y, no obstante, flautista exquisito, de dulce inspiración y ejecución de virtuoso

El Aparcero, (jamás se le conoció más que ese nombre que cariñosamente le daban sus compañeros). El Aparcero era pequeñito, moreno, delgado, sonriente. Maneaba un contrabajo una vara más alto que él. Díjase que el Aparcero era un apéndice de su enorme instrumento. Sin embargo, cuando, arco en ristre y solfa al frente, ataca el Aparcero su papel, parece que crece y se agiganta, y sujeta y doma aquel monstruo que, bajo su mano experta, se queja y gimé y se lamenta

Joaquín Vargas, timbalero y redoblante, hacía retremblar el edificio, y estremecer el corazón con el repiqueteo de sus elásticas baquetas que transmitían su alma al parche.

Por último Tambulla, bajo. Cómo se llamaría ese muchacho? Quien sabe. Seguramente no lo sabía nadie. Le daban cuatro apodos: Clele, Chivo, Muerto y Tambulla. Por este último lo llamaba todo el mundo, y a él respondía con la mayor naturalidad, como si ese fuera su nombre de pila

La orquesta así formada, con elementos de modesta apariencia, era sin embargo, un verdadero poder cuando entraba al combate.

Los artistas sabían imprimir vida y fuego a sus valsos, electrizaraban con sus polkas, daban languidez y vaguedad al espíritu con sus melancólicas mazurkas. Si ejecutaban bailes de cuadros, como Los Lanceros o

la Hija de Madama Angot, lo hacían con aristocrática elegancia, y un hálito de corte, de palacios y realezas, se difundió por almas y salones

Si oficiaban en la iglesia, en los grandes festivales religiosos, también sabían ponerse a la altura. Interpretaban con brío así las solemnes creaciones de Rossini, Esclava y demás grandes maestros, como los alegres villancicos de la Virgen y los cascabelinos moteles de pascua

Era de oírse entonces la voz poderosa de Soto, Sotillo como familiarmente lo llamaban, voz de tenor, sonora y vibrante, de gran volumen y extensión, y claro timbre, que llenaba las naves del templo y, escapándose por las anchas puertas, se iba por esas calles hasta dos o tres cuadras más allá

A este profesor lo había dejado en el tintero, quizá de propósito para darle más relieve, impulsada por un sentimiento de afecto y gratitud. Era de mediana edad, como si dijéramos el eslabón que enlazaba los dos grupos de la orquesta, jóvenes y viejos. Gran solfista, hombre de tesón y energía. Tocaba violín y requinto, pero le gustaba más el canto. Cantaba en toda misa, función o rezo de rumbo, acompañado siempre por Rito Mena, voz de barítono y por Cachafía, un bajo de fuerza

¡Oh la Zagala y la Morena cantada por ellos a toda orquesta! ¡Nunca, nadie las cantará igual!

En los bailes, cómo embargaban el alma las divinas notas de la Giralda, arrancadas a aquellos violines dignos de Hungría, a aquellas flautas apolíneas!

Aun vibra en los oídos la vigorosa armonía y ritmo heroico del Caballero de Bronce

Todavía escucho los dolorosos gemidos del animal que muere en "La Cacería de Enrique IV!"

Siento aún la sacudida eléctrica que golpeaba el corazón con la música apasionada de Sngre de Viena!

Más tarde, cuando la niña pequeñita fue mayor, al compás de aquella orquesta se despertaron en su alma los primeros anhelos por el arte, así como, a sus acordes, palpité su corazón de mujer en el arduo giro de Mariposas Nocturnas, Mi Reina, el Danubio Azul!

¡Oh! Aquella orquesta era toda una orquesta!

Creo que si hoy pasara alguna vez, en noche de luna, vaga y quieta, por el Banco Inglés, el edificio de elegantes columnas ornadas de rosas trepadoras, quizá surgiera otra vez a mis ojos, como en una cinta cinematográfica, la casona de los poyos

Quizá viera también aquellos viejos artistas, con sus anteojos cabalgando en las narices, los ojos fijos en los papeles gariapateados, llevando el compás con el mal calzado pie, con sus cuerpos de viejos y sus almas de niños

Quizá los viera otra vez!